

## Moussa

Moussa se despertó aún con fiebre en el airbus A300. Estaba esposado y había un vigilante sentado a su lado. Moussa no se había dado verdaderamente cuenta de que la última copa que tomó tras dejar el centro de retención de Vincennes contenía un potente soporífero. Recordaba leve y dolorosamente un violento golpe que recibió en el momento de embarcar, que había finalizado con toda volubilidad de rebelión. A pesar de ello, le aliviaba haber podido realizar dos llamadas telefónicas antes de su partida, primero al Sr. Pierre y después a Emelya. En la pantalla que tenía delante podía seguir el itinerario del vuelo de París, que le llevaba a Abéché, en el macizo de Ouaddaï, al ritmo de una señal de cadencia luminosa, sonora y regular.

El aparato sobrevolaba el desierto al norte de Tibesti.

La odisea de Moussa había resultado larga y sembrada de momentos trágicos. Su vida comenzó en las calles de Abéché, la segunda ciudad del Chad. Como era huérfano tuvo que aprender a sobrevivir, igual que el resto de su banda: víctimas de conflictos armados con la vecina Darfour, el sida, la pobreza y los malos tratos. Moussa había logrado subsistir a base de pequeños trabajos (tejeduría de alfombras, curtiduría y marroquinería), robos callejeros y hurtos varios. Aparentemente, el tiempo parecía haberse detenido en

Abéché. El mercado rezumaba la misma actividad de siempre. Las calles seguían sin asfaltar. Los pequeños comercios, aún presentes, ya no estaban regentados por libaneses o chinos. Las mezquitas habían prosperado como en todas partes, pero seguían siendo escasos los dispensarios y las escuelas, por lo que los niños deambulaban ociosos por la calle. Los militares franceses estaban siempre presentes, con un destacamento en el aeropuerto, cerca del monte Kilinguen. También había militares chadianos, especialmente en la ciudad, donde se había instaurado el toque de queda al caer el sol.

A pesar del refuerzo del orden, habían prosperado las bandas infantiles. Moussa pertenecía a una. Y la delincuencia le había conducido inevitablemente a la cárcel. A causa de las dos marcas más oscuras que le nacían debajo de los ojos, su silueta bastante atlética y su caminar regular en la celda, le habían apodado Moussa, el guepardo de Ouaddaï.

Al salir del penitenciario, había retomado su actividad con pequeños trabajos de hurto, hasta el día en que se le ocurrió poner la mano en la cartera de un blanco. Se encontraba cerca del Liceo franco-árabe. El Sr. Pierre, profesor, ya había reparado en él y dejó que se aproximara. Tan pronto como trató de ejecutar el robo, el Sr. Pierre le ofreció la más grata de sus sonrisas, diciéndole: «Ah, ah, tú, ¿necesitas algo, amigo mío?». Moussa, a pesar de la sorpresa, le respondió con otra grata sonrisa y ojos iluminados. El Sr. Pierre continuó: «Bueno, escucha, te doy 100 francos si me haces un dibujo con este lápiz en este papel...». Moussa dudó, pero al ver el billete de 100 francos que el profesor agitaba en la mano, probó suerte. Aquel fue el principio de una gran amistad que le permitió comenzar, y posteriormente seguir, el aprendizaje de la lectura y la escritura, sin olvidar el del dibujo, cada día un poquito conforme sus encuentros. Moussa, el guepardo de Ouaddaï demostró ser un chico vivo, sutil y pugnaz, cualidades que caracterizaban a este joven inteligente y dotado para el dibujo. El cariño que le ofrecía el Sr. Pierre valía todos los francos y dólares del Chad. Al cabo

de dos años en el Liceo franco-árabe de Abéché, el Sr. Pierre abandonó el Chad con gran amargura. Antes de partir, confió a Moussa su dirección escrita en el reverso de una espléndida postal que representaba la Torre Eiffel iluminada una noche del 14 de julio. Moussa decidió en ese momento que se reuniría con el Sr. Pierre, costase lo que costase, en su hermoso país. Tenía 17 años y, para ello, necesitaba emigrar a Francia.

Al partir del Chad eran algo más de una veintena de clandestinos, con varias mujeres y niños, repartidos en dos grandes vehículos cargados de heno en dirección al norte, hacia Faya-Largeau. Poco antes de la frontera libia, los traficantes cambiaron de nacionalidad. Los chadianos pasaron el relevo a los libios, que les permitieron desaparecer mediante una nueva contribución, dado que aquella zona no estaba controlada por el ejército. La vigilancia de las fronteras en el sur de Libia se encontraba, principalmente, en mano de las milicias, que en lugar de impedir los convoyes clandestinos, sacaban de ellos un jugoso provecho. Finalmente fueron arrestados en un control a 70 kilómetros de Ajdabiya. Los que no poseían ningún documento de identificación fueron llevados a un campo especial en Bengasi. Después les liberaron, porque su mantenimiento resultaba demasiado costoso para el estado. Algunos decidieron quedarse allí. Trabajarían de ilegal en la inseguridad total de una Libia liberada ante la violencia de las milicias. Tras el asesinato del hermano Guía Supremo, los combates enfrentaban las fuerzas de un general disidente a los grupos islamistas, y Bengasi vivía a ritmo de atentados contra los consulados o los hospitales, tentativas de golpe de estado o evasiones masivas de las cárceles.

Moussa y otros clandestinos siguieron su éxodo por el trayecto mediterráneo hacia las costas de Italia. No fue difícil encontrar a un traficante.

Partieron en plena noche con el mar agitado. La sobrecargada embarcación era vieja y tenía un motor

ahogado. Cuando empezaba a amanecer, la mecánica se detuvo, dejando al piloto y sus pasajeros hacinados a merced del oleaje de la tempestad. Una ola más fuerte que el resto se tragó los gritos, haciendo volcar la embarcación.

Moussa se despertó en una cama, en un campamento de Lampedusa, donde se enteró de su salvamento milagroso y de la desaparición de otros 14 pasajeros. Todavía guardaba la postal del Sr. Pierre, cuya dirección se había vuelto ilegible. Pero se la sabía de memoria: 12 boulevard Victor Hugo 4e étage 75 París.

El amanecer y la puesta del sol en Lampedusa solían dejar a los turistas sin aliento, pero para los inmigrantes era, más que nada, una prisión a cielo abierto. Los clandestinos llegaban de todas partes: Sudán, Eritrea, Egipto, Siria, Níger, Chad, Mali, Libia, Túnez...; musulmanes chiítas o suníes, animistas y cristianos de Oriente o de África, blancos o negros, todos vivían en la superpoblación contenida por las alambradas, bajo la atenta mirada de la policía, los carabineros y los soldados. Las fuerzas del orden patrullaban las 24 horas. Allí su recuperación se realizó bajo unas condiciones de acogida y alojamiento detestables. Para combatir las epidemias de piojos y sarna, se les obligaba a colocarse desnudos en fila india, con el fin de rociar a todos con productos desinfectantes. El personal les gritaba para que se desnudasen y con frecuencia se reían de ellos y les tiraban la ropa. Hacía frío. Las áreas sanitarias resultaban indignas. Los perros errantes se infiltraban en el campamento y orinaban sobre los sacos de los inmigrantes. Además, la superpoblación del campamento no permitía garantizar una alimentación correcta. Rara vez alguien lograba obtener un estatuto de refugiado. En definitiva, la gente huía de los conflictos, la guerra y la miseria, razón por la que muchos se abocaban al suicidio.

Con el paso de los días, la tensión en el interior de campamento era tan grande que los trabajadores humanitarios dejaron de franquear las barreras de lo que

tristemente llamaban «la jaula de las fieras». Durante los últimos días, el ambiente se había vuelto explosivo en el centro de retención, de ahí que Moussa decidiera sublevarse, sin esperar ningún juicio que, por fuerza, le resultaría desfavorable. Volvió a convertirse en el jefe de banda que antes fuera y se encontró de repente a la cabeza de los inmigrantes sublevados. Una mañana se reunieron una decena de ellos para derrumbar la alambrada. Una vez listos para huir, su objetivo era llegar hasta el puerto, invadir una embarcación y dirigirse hacia el continente. De esta forma, se ayudaron de un banco para desestabilizar la alambrada a golpe de ariete. Una vez volcada, utilizaron el banco sobre la alambrada a modo de rampa. Y así, de uno en uno, fueron trepando y saltando hacia la libertad que les esperaba a pocos metros.

No muy lejos de Moussa, a unos cincuenta metros, un carabinero montó su arma corta, una SIG SUER, apuntó y abrió fuego sin previo aviso.

De la prisión al hospital, así parecía desenvolverse el pasado, el presente y el futuro de Moussa. Aunque sí iba evolucionando, pues se encontraba ahora en el continente, en Nápoles, en el Ospedale Monaldi. En la habitación vigilada de este hospital le curaban la herida del hombro derecho. Comía bien y se ocupaban de él. Entabló amistad con una enfermera de origen etíope: Emeliya. Ella hablaba en italiano y él le respondía en francés. Se comunicaban sobre todo con tiernas miradas. Ella parecía una diosa: grande, de pómulos salientes, nariz recta y fina, bien estructurada y de labios ligeramente carnosos. Todos sus movimientos rezumaban delicadeza y majestuosidad. Cuando salía de la habitación, Moussa dibujaba de memoria su retrato en una hoja de papel. Un día, cuando ella iba a entrar, Moussa cerró los ojos y se hizo el dormido. Adivinó sus gestos profesionales, sus movimientos, después sintió su aroma aproximándose a él para ajustar las sábanas de la cama. Él esperó. Ella le miró. Después, inmóvil, él levantó un párpado, la miró y los dos

rieron de buena gana. Estaban completamente seducidos. Un día él se atrevió a enseñarle la postal y ella entendió la amplitud de su sueño. Una noche, antes de salir de la habitación, ella le dejó una bolsa encima de la mesa y le sopló un beso con la mano. Moussa se levantó, abrió la bolsa y descubrió ropa de calle de su talla, 300 euros y una foto de Emeliya con su número de teléfono y dos palabras en italiano: «Buon viaggio».

Moussa esperó a que amaneciera para salir de la habitación y desaparecer discretamente. Al salir la vio sentada en la terraza de la cafetería colindante al hospital. Ella le esperaba. Se dirigieron hacia su estudio y allí, sin más tardanza, se amaron una y otra vez, lentamente, saboreando cada caricia... La noche fue larga, bella y voluptuosa. A la mañana siguiente, antes de marchar a trabajar, le dejó en la estación de Nápoles. Y a regreso, por la noche, encontró el boceto de su retrato dibujado a bolígrafo, con tres palabras: «À bientôt... Moussa».

Después, Roma, Turín, Lyon y, finalmente, París.

El Sr. Pierre no se sorprendió al volver a ver a Moussa, aunque sí se mostró algo incómodo por tener que alojar a un clandestino. El derecho penal castiga lo que considera un delito: la ayuda a personas en situación ilegal. Pero el Sr. Pierre acogió y alojó a Moussa en su piso como a un hijo, con alegría y benevolencia. El apartamento era modesto: un salón grande, una habitación y un taller-estudio de pintura. Todo era blanco, con acuarelas o aguadas: paisajes del Chad, retratos de mujeres al estilo Titouan Lamazou, alternantes entre estanterías sobrecargadas de libros, con reproducciones de fotografías firmadas por Willy Ronis o Cartier Bresson, y copias de Marcel Duchamp. Visitaron París a pie, bajo un cielo azul grisáceo o gris azulado, empezando por la Torre Eiffel y continuando por los museos. A Moussa le encantó el Louvre y el museo de Quai Branly. Otro día visitaron Montmartre y los muelles del Sena, siempre a pie. Y asistieron a los más grandes espectáculos: óperas como *La*

*flauta mágica* de Mozart, el ballet de *El lago de los cisnes*, en una versión de Noureev, así como distintos conciertos, la obra sinfónica *Corneilus Meister* de Gustav Mahler, dos obras de rock y pop, con Isaya y Zaz. El Sr. Pierre adoraba leer la emoción en el rostro de Moussa en cada descubrimiento. Tenía la sensación de estar realizando un gran bien. Retomaron juntos el dibujo, la lectura y la escritura. Le hizo aprender de memoria poemas de Jacques Prévert. Moussa progresaba con gran rapidez. Pero a la vecina del Sr. Pierre, una señora de ideas nada generosas, le inquietó la presencia del joven en el inmueble. El Sr. Pierre le explicó que se trataba de un antiguo alumno chadiano que se encontraba de paso. Aún así, el futuro de Moussa se planteó al cabo de tres meses. Pero apenas lo pensaron que la Policía de las fronteras intervino en la 4ª planta del número 12 en el boulevard Victor Hugo y fue radical: internamiento en el Centro de retención de Vincennes para Moussa. El Sr. Pierre llamó a un amigo abogado. No se podía hacer nada por Moussa, aunque desde hacía un tiempo no era ilegal alimentar, alojar o ayudar a un inmigrante clandestino siempre y cuando fuese desinteresadamente, es decir, sin compensación alguna. El Sr. Pierre no tenía ningún riesgo. Moussa sería enviado de nuevo a su país, para alivio de la vecina.

El aparato sobrevolaba el desierto al norte de Tibesti cuando la pantalla que mostraba el itinerario del vuelo con su cadencia luminosa, sonora y regular se apagó definitivamente.

### **Comunicado de prensa**

*Un avión de la compañía aérea Africa Air desapareció de los radares la noche del miércoles, 20 de julio, transportando a 122 personas a bordo, de las cuales 7 eran miembros de la tripulación. El vuelo AA 5010 cubría la línea entre París y Abéché. El contacto se perdió aproximadamente cuatro horas después de despegar de la*

*capital. Según varias fuentes, treinta y un franceses viajaban a bordo.*

*El Ministro de Transportes chadiano ha indicado que el piloto del aparato solicitó modificar su ruta para evitar una violenta tempestad. Según la cadena Météo, el vuelo AA 5010 atravesaba, efectivamente, una zona muy tormentosa «con ráfagas de viento potentes, nubes de arena opacas y una actividad eléctrica importante». Todavía no se han podido confirmar las circunstancias de la desaparición del aparato. El Secretario de Estado para el transporte francés ha señalado únicamente que el avión sobrevolaba el desierto al norte de Tibesti antes de su desaparición.*

Y...

Los alisios terminaron por dormirse, mientras el silencio del desierto apaciguaba la estampa. Moussa yacía al margen de los desechos del aparato, tumbado sobre un suelo carbonizado, bajo un sol abrasador.

Sobre su cuerpo, aparentemente inmóvil, se distinguían las yemas de los dedos de sus manos esposadas dibujando imperceptiblemente sobre la arena el rostro de Emelya.

Moussa se reunía así con aquella inmensidad sin barreras, sin puertas, prisionero del desierto, en un confinamiento más estrecho que el más estrecho de los calabozos.

*Extrait de Crissements de Sable*